

**FUERA DE LÍMITES**

*Locas, chongos y gays, de Horacio Sívori:  
20 años después.*

## **CHONGOS Y GAYS, DE HORACIO SÍVORI: 20 AÑOS DESPUÉS.**

**Javier Gasparri**  
**CONICET/ UNR**

*Profesor e investigador de la Universidad Nacional de Rosario y el CONICET, con lugar de trabajo en la Facultad de Humanidades y Artes y el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades. Enseña literatura argentina y teorías queer. Es autor de libros y ensayos sobre literatura, arte y sexualidades queer, entre ellos Un pensamiento literario de la sexualidad (2024). Se desempeña como Director de la Escuela de Letras, del Doctorado en Literatura y de la Especialización en Estudios Sexogenéricos (UNR). También trabaja como editor.*

Contacto: [jegasparri@gmail.com](mailto:jegasparri@gmail.com)

---

Entre dos tiempos, o ahora tres: el campo, la publicación, este homenaje<sup>1</sup>. El libro de Horacio, publicado hace veinte años, nos trae noticias de hace treinta. Por eso permite indagar en dos momentos: el registro de los años '90, al menos en sus comienzos (y como hoy sabemos, ese detalle no es menor para el tema del libro), y el panorama de los estudios sobre sexualidades en los primeros 2000. Cuando apareció, armó el trío de las trilogías: *médicos maleantes y maricas*, de Jorge Salessi (1995) y *Fiestas, baños y exilios*, de Rapisardi y Modarelli (2001). Ahora en 2005: *Locas, chongos y gays*. Otra capa de tiempo más que se encabalga en la anterior: 1995-2005 como la década de publicación de esta serie, diría ya clásica, que nos permitía estudiar los avatares de las sexodisidencias, encima en orden cronológico.

De aquellos otros dos libros, que más bien diseñaban una cartografía, a la etnografía de Horacio, lo que se juega siempre, o al menos una posibilidad de apropiación, es el acontecimiento narrativo. Entre los teóricos literarios aparece siempre el dilema retomado de la pregunta de G. Lukács: “¿narrar o describir?”. Pero más allá de esa pregunta, por decisiva que sea, es importante recuperar y destacar esta juntura entre *etnografía y narración* para situar y anclar el libro de Horacio. Narración, digo, en su sentido fuerte, habida cuenta del modo en que hoy se usa más livianamente, como mero tropo meta-figurativo, y cualquier cosa es “una narrativa”, tal vez remedo del modo en que nos habituamos a que el escenario político y mediático nos hable de “relatos”.

Por eso, entonces, desmarcado de la narrativización compulsiva que parece hemos incorporado, lo que me gustaría señalar en esta celebración es la pulsión literaria, que es -para quienes no venimos desde las Ciencias Sociales (ya no sólo de la antropología)- lo que nos permite apropiarnos de este libro más allá de un documentado registro empírico y de una rigurosa investigación que nos aporta al conocimiento de una zona de la cultura gay a comienzos de los años 90. Es “el cuento”, es la narración del drama identitario. Y

---

<sup>1</sup> Intervención leída en el evento “A 20 años de *Locas, chongos y gays*. Revisitando los 90s en Rosario y Buenos Aires” (Rosario, julio de 2025).

---

no estoy tampoco diciendo que de pronto Horacio sea un gran novelista (que podría serlo), pues los rigores del antropólogo se imponen y priman, pero en su prosa sobria y precisa lo que se escucha es el lenguaje como problema, al menos como uno fundamental que ordena las prácticas. Claro que está Clifford Geertz, como ya señala con picardía Mario Pecheny desde el “Prólogo” del libro. Pero no se trata solamente, digamos, de la “conciencia” narratológica como operación. Se trata además del propio trabajo con la voz, sobre todo de las locas. Pienso aquí en el extenso capítulo sobre “La interacción verbal en el ambiente”.

El aporte del libro al campo de estudios es, por supuesto, enorme. Hoy lo podríamos recuperar en distintas vertientes: culturas gays, genealogías queer, estudios sobre masculinidades. Es que nos muestra, al pensar la “sociabilidad homosexual masculina” de los ’90, y engarzada sobre el “ambiente”, no necesariamente sobre la cultura gay (pues los alcances de esos territorios no coinciden punto por punto), y sobre los desplazamientos de las figuraciones y experiencias identitarias, la coexistencia de identidades sexuales. Un devenir que, tal vez apresuradamente, habíamos aprendido de manera un tanto lineal (aunque más no sea desde el valor de la crítica política contra el asimilacionismo gay o “lo gay” normalizado) y que este libro no resuelve así ni tampoco evolutivamente. Por eso me gusta pensarlo como una *narración del drama identitario* porque muestra permanente las negociaciones y tensiones de esa coexistencia, y sin regodearse tampoco en la afirmación identitaria sin resto (como juzgaríamos ahora desde las agendas queer de desidentificación).

De hecho un apartado, “(Des)identificarse”, exhibe las formas en que los chongos se rehusaban a participar de la jerga gay como modo de no pertenencia a ese mundo (Sívori, 2005: 93-94). Y esto nos devuelve a la arena del lenguaje: nada mejor que el chongo para mostrar las identidades como efectos de lenguaje, como juego de lenguaje - algo que ya sabemos, aunque no siempre recordamos. No querría, sin embargo, sugerir con esto un determinismo discursivo, pues ya los estudios sexogenéricos han dado sus

---

discusiones con el giro lingüístico, pero sí me gustaría densificar ese carácter narrativo que, por oficio, retomo. Por eso, la nostalgia del chongo funciona como un tópico: “entiendo que ese animal maravilloso se encuentra en vías de extinción” (2005: 85), le dice un informante algunos años después. Y en realidad designa a alguien que, cual ser mitológico, tal vez nunca existió como tal, más allá del arreglo de ciertas prácticas; es un oxímoron creado por la imaginación deseante de las locas, de su lengua insidiosa y alegre, que el libro registra en su habla.

Y si vuelvo a decir etnografía y narración, en su inflexión específicamente literaria, o recuperable desde allí, se me impone mencionar a Néstor Perlongher. No sólo, pecando de autorreferencial, por mi propio trabajo, sino porque funciona como un antecedente inevitable. Se trata no sólo de un aporte desde las Ciencias Sociales, mirado desde aquí, sino de un ida y vuelta, hasta incluso en sus disputas retóricas, como planteaba el propio Perlongher a propósito de su escritura científica y su escritura poética. Pero sobre todo, leído desde el libro de Horacio, permite apreciarlo más o incluso mejor en el proceso de la sucesión o mutación identitaria y su crítica política. Aquí sumaría a Peter Fry junto con Perlongher, autor que éste sigue puntillosamente para dar cuenta del desplazamiento del “modelo jerárquico” al “modelo igualitario” (justamente, de la loca y el chongo como modelos organizados sobre prácticas, fundamentalmente ancladas en la sexualidad popular, al gay-gay como modelo identitario burgués). Si bien estos autores comienzan a visionar esto pero se cuidan muy bien de no forzarlo, aun así el libro de Horacio, al trabajar sobre la coexistencia, o acentuarla más, permite complejizarlos y acaso corregirlos, además de entenderlos. Tal vez la distancia, en principio temporal (de los ‘80 a los ‘90), sea en realidad la que va de San Pablo a Rosario, y entonces son los espacios los que organizan sus destiempos. Conociendo la trayectoria posterior de Horacio, además, y su trabajo en la universidad brasileña, no creo que sea impertinente esta inscripción.

---

Si se me permite entrometer el plano de la vivencia propia, que bajo la primera persona se conjugan colectivamente muchas otras -me atrevería a decir una generación-, en los primeros 2000, para los *teenagers* que empezamos a experimentar nuestra sociabilidad gay la imagen que proporcionaba el libro de Horacio era un tanto lejana, pero tampoco tan lejana (y no me refiero a una mera cuantificación de diez años sino al ritmo y la intensidad de los cambios); en cualquier caso no nos resultaba extraña. Era algo que todavía se palpaba. Por eso fue un libro que también funcionó como una hermosa herramienta para reconocernos, para pensarnos, para sabernos. Hay una imagen en el libro, tal vez desapercibida, pero que recuerdo la risa que me provocó al leerla por primera vez, porque fundamentalmente me identificaba con ella, la vivenciaba: al referir las claves de admisión a los locales y las estrategias de di-simulación y discreción, escribe Horacio que “cuando llegaba el grueso de los asistentes, ni la administración ni los clientes deseaban que en la puerta de entrada de un club nocturno para homosexuales se reuniera *una llamativa asamblea de locas*” (Sívori, 2005: 39, cursiva mía). Otra vez, así, el efecto de la narración, y otra vez el cotorreo del habla de las locas. Los alcances en la militancia local de la investigación de Horacio, además, están ahí: muchos de los apartados del libro se publicaron previamente en la revista de *Vox*, que por mi parte devoraba número tras otro como quien lee un folletín y luego adquiere el libro completo cuando sale a posteriori.

De mi temprana admiración por el trabajo de Horacio, por supuesto *Locas, chongos y gays* es clave y fundante, pero no puedo no mencionarlo en red con el seminario de posgrado que dictó aquí en Rosario en 2009, apenas unos años después, y que cursamos con varias compañeras del entonces flamante Programa Universitario de Diversidad Sexual. No solamente se nos abrían más etnografías sobre sujetos sexuales (términos que de hecho recuperaba el título del curso) sino sobre todo una enorme biblioteca, que ya se desprendía del propio libro y me gustaría que se destaque. Es que no puedo no pensarlo desde cierto espacio de carencia, en mi caso de alguien que no venía desde las

---

Ciencias Sociales pero intuía o sospechaba que ahí había mucho para aprender, aunque sobre todo desde la entonces un tanto escasa biblioteca sexo-genérica-queer, al menos por acá, hasta que todo comenzó a llegar en cascada, y ni hablar si la comparamos con hoy.

No voy a citar la remañida ironía amarga de Perlongher, que dice de su propia etnografía -apenas unos años después- que tal vez sea una pieza de arqueología, “tal su avatar”, a propósito de las vertiginosas transformaciones de la vida gay. No puedo afirmarlo ni contradecirlo porque no estoy seguro de lo que nos puede seguir siendo contemporáneo o no de ese mundo que nos trae el libro de Horacio, habida cuenta del interés que evidentemente tenemos hoy en los años ‘90. Pero sí quisiera destacar, más ligado al tiempo de su publicación, que es el que celebramos en este homenaje, el lugar clave que ocupó y sigue ocupando, eso sí en tiempo presente, en la trama de saberes sexodisidentes, en la investigación sexual argentina, en la etnografía narrativa (o narración etnográfica) que se derrama a otras áreas de conocimiento, como intenté resumir aquí. Y sobre todo, se me impone el afecto para agradecerle por la generosidad de todo lo que nos enseñó.

### **BIBLIOGRAFÍA:**

SÍVORI, HORACIO F. *Locas, chongos y gays. Sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990*. Buenos Aires: Antropofagia, 2005.